

## ***ABC* DE MADRID (25 DE JULIO DE 1936 – 28 DE MARZO DE 1939): VIDA Y MUERTE DE UN PERIÓDICO REPUBLICANO.**

**Pierre-Paul Grégorio**

**(Universidad Jean Monnet de Saint-Étienne, Francia).**

- I Las primeras semanas. Tensiones y cambios.
- II *ABC* y la Revolución: un entusiasmo muy moderado.
- III La ética de una guerra.
- IV Madrid, capital del mundo libre.
- V La batalla por el papel. Sospechosa censura.
- VI A la victoria por la unidad y la resistencia. *ABC*, Negrín y el PCE.
- VII Serenidad general y comunión nacional.
- VIII Una sociedad en gestación. Oponerse a la mediación.
- IX *ABC* y Casado. La paz.
- X El final de una época. ¡Franco ! ¡Franco ! ¡Franco !

Cuando estalló el golpe de Estado en Marruecos, Juan Ignacio Luca de Tena, en Biarritz, colaboraba ya desde hacía tiempo con los militares implicados. En Madrid, el día 20 de julio, el *ABC* monárquico fue suspendido. Empezó entonces la aventura del nuevo *ABC* republicano. Un periódico nacido en medio de un drama nacional y enfrentado a una doble oposición. Por un lado, el enemigo sublevado. Por otro, los aliados... de circunstancias. Muy pronto tendría el periódico que elegir su bando en el seno mismo del campo republicano. Guerra o Revolución. Y todo ello con la plena conciencia de defender unas posiciones minoritarias. Para *ABC* se abrió entonces una lucha única con dos vertientes distintas: contribuir a la victoria de la República y asegurar su propia supervivencia. Con todo, los avatares de la guerra le obligarían a ajustar su discurso, en una constante adaptación a la realidad que le rodeaba.

I - Las primeras semanas. Tensiones y cambios.

Tras la incautación, al conservar su título original, *ABC* tuvo cuidado en añadirle un subtítulo *-Diario republicano de izquierdas-* para evitar toda confusión. El 25 de

julio salía pues por primera vez a la calle, con un « ¡Viva la República ! » en primera página. Su aparición fue elevada a la categoría de feliz manifestación de la metamorfosis que por fin conocía España. Así lo afirmaba Luis de Tapia en una de sus coplillas al escribir: « Si habrá cambiado España / que dígame "usté" / Ya todas las mañanas / leo el "ABC" » (Abella, 1975, p.18). El primer director fue Augusto Vivero. Periodista veterano, había participado, fusil en mano, en la toma del cuartel de la Montaña. Como subdirector, llegó Virgilio de la Pascua. Ambos pertenecían a la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, el partido más a la derecha del Fente Popular. Con todo, el periódico nada dijo sobre las razones de dichos nombramientos<sup>1</sup>. Del *ABC* monárquico quedaban algunos nombres en la lista de redactores publicada el día 28: Antonio Barbero, Leandro Blanco, José Mesías y Rafael Ortega-Lissón. Aparecían también, entre otros, Serafín Adame Martínez (*Sam*), Maximiliano Clavo (*Corinto y oro*), el poeta anarquista Antonio Agraz y el diputado de UR Benito Artigas Arpón. La andadura del diario, pese a la euforia inicial, iba muy pronto a verse salpicada por graves discrepancias en el seno de la redacción.

Para *ABC*, « España está frente a su segunda guerra de Independencia »<sup>2</sup>. No se trataba obviamente de denunciar una invasión extranjera sino de dar un evidente carácter nacional, más amplio que el estrictamente ideológico, a la lucha contra los opresores seculares del pueblo español. *ABC* se consagraría a construir para sí « un porvenir de vida republicana, franca y leal, de honda y sincera compenetración con el pueblo y con la ley que el pueblo se ha dado, en su limpia soberanía »<sup>3</sup>. En realidad, el diario se definía sobre todo a través de una serie de oposiciones -antimilitarista, anticlerical, ...- que hacía las veces de programa político idóneo para España. La defensa de un ideal de justicia y progreso habría de ser, según *ABC*, el eje de toda acción. Sin embargo, no precisaba ni los medios ni las etapas. Evitaba en suma tomar abiertamente posición frente a las corrientes revolucionarias de la zona leal. El objetivo primero del periódico se centraba en ser, sencillamente, « orgullo de la Prensa republicana »<sup>4</sup> llamando en su primer editorial a la defensa de la República, de la democracia, del pueblo, ... pero no de la Patria. Pronto iba a matizar su posición.

---

<sup>1</sup> Para Elfidio Alonso (1987), diputado de UR y sucesor de Vivero, el Consejo Obrero dio con ellos « por arte de birlibirloque » (p.117). Una explicación insuficiente. Lo que sí está claro es la poca estima en que Alonso tenía a Vivero, encarnación de « un periodismo trapisondista » (*Ibid.*). Años antes había sin embargo afirmado Alonso que « la CNT quería hacerse con él [*el diario*], pero fue finalmente la caución de Martínez Barrio la que lo dejó en nuestras manos » (González, 1976, p.44). Para Olmo (2002), Vivero fue nombrado directamente por U.R.

<sup>2</sup> Segunda guerra de independencia, *ABC*, Madrid, 25/07/36.

<sup>3</sup> *ABC* republicano, *ABC*, Madrid, 25/07/36.

<sup>4</sup> *Ibid.*

Si bien en un principio, « las bravas milicias proletarias »<sup>5</sup> fueron alabadas por su valor en la reconstrucción de una sociedad en crisis, no lo es menos que la sublevación « fascista » representaba « el azote cruel de una revolución promovida por gentes sin conciencia »<sup>6</sup>. Tal afirmación implicaba por tanto, con la prudencia requerida, que el título de revolucionario no bastaba como justificación universal. Cuando, a finales de mes, en *ABC* se comprendió que la victoria no sería fácil, se optó por apelar diariamente al sentido de la responsabilidad individual. En otras palabras, urgía cimentar una verdadera unidad que superara todos los partidismos. En ese contexto, y mientras enumeraba mil victorias de la República, *ABC* entró de lleno en una lógica de guerra.

Al tiempo que defendía la existencia de un Estado fuerte, el periódico empezó a justificar los límites necesariamente impuestos a todo sueño revolucionario mientras la normalidad siguiera quebrantada. Sólo así se podría construir una nueva sociedad. *ABC* ofreció por ello su incondicional apoyo al Gobierno frente al ejercicio arbitrario del poder por parte de los que, empero, evitaba el diario nombrar. Exigía de todos una obediencia total a las consignas gubernamentales, principalmente en materia de orden público, para que quedase « asegurada la libertad y la vida de cuantos militan en las izquierdas »<sup>7</sup>. Negarse a ello significaría entonces delatarse como derechista. Como paria de la República. Obedecer, por sentido del deber, se transformaba así en la concretización de toda voluntad de emancipación y de progreso social. Lógicamente, el diario reivindicó para las instituciones republicanas el papel estelar en la dirección de todos los asuntos, empezando por los militares. Con todo, su planteamiento mostraba una evidente ambigüedad al no denunciar abiertamente a los culpables de la indisciplina reinante. Como un síntoma, en suma, de la lucidez de la redacción sobre su propia fragilidad. Los acontecimientos vividos esos días le dieron la razón.

Con un anticlericalismo visceral por bandera, el periódico publicó, ese mismo primero de agosto, la foto de unos milicianos de la CNT profanando la iglesia del Carmen<sup>8</sup>. Trataba así de « consolidar su nueva línea editorial, conseguir credibilidad » (Saiz, 1987, p.97). Sin embargo, las consecuencias fueron muy otras: el cambio radical ahuyentó a los lectores tradicionales del diario sin atraer a otros nuevos que compensaran las pérdidas. Según Alonso (1987), y ante la cristalización de tensiones en el periódico, Vivero recurrió a su partido « solicitando apoyo y, de cierta manera, protección » (p.117). Fue así como el diputado canario llegó a *ABC* el 5 de agosto, sin

<sup>5</sup> Un nuevo día de gloria para las fuerzas que defienden la República, *ABC*, Madrid, 26/07/36.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Los registros y detenciones, *ABC*, Madrid, 01/08/36.

<sup>8</sup> En actitud más o menos bélica, rodeaban dos calaveras expuestas a la supuesta curiosidad general.

tomar oficialmente su dirección pero institucionalizando su dependencia con respecto a UR. Sin embargo, nada filtró sobre las razones que habían llevado a un título señero de la prensa nacional a manos de tal partido. En cualquier caso, y con el aval del Consejo Obrero, Alonso marcó a partir de entonces los límites tanto de la línea editorial como de los comportamientos individuales dentro de la Casa<sup>9</sup>. Había que darle al diario una orientación más acorde con la mentalidad y la sensibilidad política de sus lectores potenciales, a todas luces una clase media moderada.

A partir de ese mismo día 5, empezó a afirmarse que toda empresa revolucionaria, para ser legítima, habría de doblegarse ante las exigencias de la única causa digna por nacional: la defensa de la República. Las nociones de pueblo, España y República aparecieron así indisolublemente unidas como garantía de una victoria próxima: « Y es la República quien impone su plan, quien lleva la iniciativa [...] Sintámonos orgullosos. ¿ Qué pueblo hizo, en circunstancias parejas, lo que ha hecho nuestra España, del brazo de nuestra República ? »<sup>10</sup>. Para el periódico, el verdadero progreso residía en la purificación del régimen así emprendida. En ella colaboraban todos, sin distinción partidista: « la consigna invariable debe ser siempre: “¡La República para los republicanos !”. Para todos los republicanos. »<sup>11</sup>. Pretender que en la zona leal se defendía un idéntico concepto de República no pasaba de ser una apuesta temeraria. Sin embargo, la ausencia en *ABC* -salvo lo coyunturalmente imprescindible- de toda exaltación de un proceso revolucionario reivindicado en otros foros, denotaba que el diario buscaba ya, a esas alturas de agosto, diferenciar República y Revolución.

## II - *ABC* y la Revolución: un entusiasmo muy moderado.

El 11 de agosto, *ABC* publicó una nueva lista de redactores. La desaparición de Ortega-Lissón se compensó con la llegada de Francisco Bruno de Perinat y, sobre todo, de Manuel Espinosa cuyo papel durante la guerra sería determinante. Cuarenta y ocho horas después el periódico presentaba a « don Elpidio (*sic*) Alonso Rodríguez » como nuevo director. Aparecieron después otras firmas tales como Yván Peñalba -en realidad, Juan Peñalba- que llevó hasta finales de 1938 la columna « Madrid: trinchera del mundo », Roberto Castrovido y *Juan de Aguirre* -José María Benítez Toledo-, responsable del apartado internacional. También entró pronto Julián Marías. Para

<sup>9</sup> Empezando por exigir respeto hacia el fundador de Prensa Española. Sin embargo, según Olmo (2002), Alonso ocupó desde el principio el cargo de delegado de U.R. en el diario. Curiosamente, las noticias de las tensiones del *ABC* capitalino llegaron pronto, y con detalles, a Sevilla.

<sup>10</sup> Un cambio absoluto de situación, *ABC*, Madrid, 05/08/36.

<sup>11</sup> Al fin, la República va a ser republicana, *ABC*, Madrid, 06/08/36.

Alonso, Marías «era una persona muy católica, y [...] sus escritos servirían para dar cierto matiz conservador al periódico» (citado en Olmo, 2002, p.270). Por otra parte, y hasta la desvinculación de *ABC* del partido, colaboró también otro diputado de UR, Fernando Valera. El diario careció sin embargo de firmas de reconocidos intelectuales, poco atraídos por la prensa según Alonso (1987)... o por el limitado peso político de *ABC*. Empezó así su nueva etapa reafirmando su lealtad al Frente Popular y recalando su total independencia económica, «sin control capitalista ni ayuda financiera de nadie»<sup>12</sup>. Ante la vital cuestión de la distribución del papel, tenía que dejar claro que ya no era un periódico de empresa. Es decir, bajo sospecha (Altabella, 1993).

A partir de mediados de agosto, tras caer Badajoz, *ABC* se volcó en lo que consideró ser su función primordial: servir de guía a sus lectores. Era ya tiempo de armarse de lucidez. Así, y aun ejerciendo como portavoz oficioso de UR, el diario conservó cierta independencia en sus análisis.

Con la creación –cuando menos teórica- del Ejército «voluntario» por el gobierno Giral, el diario afirmó más claramente sus opciones políticas, presentes y futuras. Valera, aun aceptando «la aceleración imprevista del ritmo de la revolución democrática»<sup>13</sup>, distinta aparentemente de la social, afirmaba la imperiosa necesidad para la misma de contar con un ejército estructurado y disciplinado. Las milicias ya no bastaban cuando se hacía imperativo «ahorrar sacrificios y vidas de los leales»<sup>14</sup>. Sólo así se obraría en favor de -por fin se escribía la palabra- «la República, de la Patria y de la Libertad»<sup>15</sup>. Dicho ejército voluntario, luego del pueblo, se erigiría como legítimo instrumento de la emancipación de todos los españoles. Un ejército nacional, en suma, aunque *ABC* evitara decirlo. Frente a una corriente que desbordaba «ampliamente la defensa del orden republicano para proponer la revolución social» (Aróstegui, 1986, p.49), el periódico aplaudía toda medida tendente a reintroducir la vida del país en el marco estricto de la Constitución. Sin pretender oponerse al proceso revolucionario en marcha, *ABC*, por propio interés, consideraba esencial darle un contenido y unas formas política y socialmente aceptables. Para ello, nada mejor que supeditarlos a las necesidades y exigencias de una República destinada a «estructurar la revolución»<sup>16</sup>. De ahí que el diario prosiguiera con la denuncia del caos que, disfrazado a menudo de ética revolucionaria, acechaba a la zona leal. Ofreció en consecuencia su entusiástico

<sup>12</sup> Editorial, *ABC*, Madrid, 13/08/36. Como era de esperar, hacía hincapié en el «creciente y notorio éxito» del diario, silenciando sus dificultades para hacerse un hueco el seno de la prensa republicana.

<sup>13</sup> El Ejército voluntario, *ABC*, Madrid, 23/08/36.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Importante acto antifascista en Valencia, *ABC*, Madrid, 25/08/36.

apoyo, ya en septiembre, al gobierno de Largo Caballero y a su política de supremacía del Estado. Según *ABC*, se hallarían así plenamente defendidos los anhelos del pueblo español. Por otra parte, y en un plano más interno, el diario facilitó por fin una primera explicación sobre su reciente historia.

En Sevilla, Juan Ignacio Luca de Tena clamaba: « han llegado a profanar nuestro título registrado »<sup>17</sup>. Como respuesta indirecta, el *ABC* de la capital afirmó que un cambio hubiera sido una pública demostración de injustificado respeto y de inferioridad ante « el espíritu que esas letras simbolizaban »<sup>18</sup>. El Consejo Obrero decidió pues aceptar el reto. Según José Altabella (1993), en realidad, se habría tratado sencillamente de maquillar, con argumentos de circunstancias, la necesidad de guardar una cabecera prestigiosa que vendía. Resultaba empero extraño ese nuevo « saludo » a los dos meses de la reaparición del diario como si tuviera que reafirmar, casi cotidianamente, su republicanismo. En cualquier caso, el vaivén de colaboradores proseguía. En la lista publicada cuatro días antes, habían desaparecido De la Pascua y Agraz. Espinosa era ya redactor-jefe y se había incorporado Antonio Fernández Lepina que ya trabajara en el *ABC* madrileño años antes. También volvió fugazmente Ortega-Lissón antes de pasar a la clandestinidad en noviembre (Altabella, 1993). Precisamente, la evidencia de un Madrid transformado en línea de frente reforzó las convicciones del periódico. La victoria no sería una utopía si se aplicaba una verdadera jerarquía a las prioridades.

### III - La ética de una guerra.

Tras la caída -silenciada- de Toledo, *ABC* consideró inadmisibile la distendida atmósfera que se respiraba en Madrid y ese heroísmo « un poco frívolo »<sup>19</sup>. Se vivía, decía, con demasiada despreocupación, sin tomar la medida del drama nacional. No se sentía la guerra. Sólo se jugaba a ella. En un tono inhabitualmente acusador, que traducía mejor que muchos discursos lo preocupante de la situación, exigió de sus conciudadanos « no dar tono de fiesta ni aspecto de mascarada a la vida en las calles. Menos exhibición de “monos” cortados con alardes de concurso de elegancia; menos insignias ostentatorias, emblemas, balas, estrellas que nadie ganó en solapas y mangas »<sup>20</sup>. Para el periódico, saber amonestar formaba parte de su misión. Pero con mucho tiento: cinco días después, y como aceptando haber pecado de precipitación, el

<sup>17</sup> Cara a la nueva España, *ABC*, Sevilla, 09/09/36.

<sup>18</sup> El saludo de *ABC* republicano, *ABC*, Madrid, 27/09/36.

<sup>19</sup> Madrid debe adoptar otro tono, *ABC*, Madrid, 01/10/36.

<sup>20</sup> *Ibid.*

periódico dio un giro radical en su juicio. A menos que fuera por temer contribuir involuntariamente al desmoronamiento de la retaguardia. Ante lo que se avecinaba, su argumentación se orientó hacia conceptos más movilizadores: la realidad de un Madrid convertido en trinchera significaría que los leales combatían por el mundo libre.

Lo que se dirimía no era ya la supremacía de una opción política o ideológica en el ámbito estrictamente nacional. Contrariamente a lo que seguían creyendo Gran Bretaña y Francia, se trataba de asentar un nuevo orden planetario al ventilarse en la guerra « valores universales tan altos como la libertad del mundo, los destinos de la humanidad y el porvenir de España »<sup>21</sup>. La universalización del conflicto le otorgaba una mayor legitimidad. Se transformaba también paralelamente al combatiente de la República en abanderado del progreso y de la Historia. Como corolario, *ABC* buscaba desarrollar una conciencia nacional -toda España sufría, toda España renacería- que confluyera en la defensa de la República como único régimen capaz de aunar voluntades *a priori* dispares: « Es una guerra nacional de todo el pueblo libre contra sus opresores, y en ella ponen su entusiasmo y su sangre los republicanos y los obreros, los católicos vascos y los librepensadores, la pequeña burguesía y el campesinado, las milicias y los núcleos leales del Ejército y de las fuerzas públicas. Una guerra nacional supone también, a la hora del triunfo, un régimen nacional: la República democrática »<sup>22</sup>. Contrariamente al enemigo, lo nacional implicaba voluntad de reformas en la concordia. Por ello, el 14 de abril fue plenamente nacional. Lo auténticamente revolucionario de la guerra no consistía entonces en buscar trazar un camino nuevo sino en seguir desbrozando el ya abierto. Por que tal era, los combatientes leales, imbuidos por los altos valores de la República, luchaban y morían sabiendo que la guerra no era barbarie, que tenía « su moral y [...] sus leyes »<sup>23</sup>. Como correspondía a la dignidad de hombres y mujeres libres, verdaderos defensores de la civilización. Se trataba pues de una guerra con su propia ética, cuando menos en un bando, cuyo escenario definitivo sería Madrid.

#### IV - Madrid, capital del mundo libre.

Para *ABC*, con la resistencia en Madrid renacería la esperanza en España y en el mundo. Sería el definitivo aldabonazo para todas las conciencias honradas. Sin embargo, a primeros de noviembre, se adivinaba bajo la propaganda el drama de un periódico que debía mantener la voluntad general de lucha en una población al borde del

<sup>21</sup> Las tres consignas de la victoria, *ABC*, Madrid, 16/10/36.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Nuestra moral de guerra, *ABC*, Madrid, 31/10/36.

pánico (Aróstegui *et al.*, 1984). Sin cuestionar su anterior proceder, *ABC* denunció el error de la sistemática ocultación de los hechos. Para Madrid, llegaba la « hora de la realidad »<sup>24</sup>. Al día siguiente, el Gobierno abandonaba la capital<sup>25</sup>.

A lo largo de esas primeras jornadas, *ABC* contribuyó al nacimiento del mito del Madrid invencible, exaltando inmoderadamente la dimensión universal de su resistencia. El maniqueísmo propio de la situación condujo a un épico *ABC* a asimilar la pérdida de Madrid a la condena a muerte de la civilización, retrotrayendo a la humanidad a su animalidad original. En consecuencia, « defender a Madrid es defender al hombre. El hombre que lleva en la frente el resplandor de la verdad, de lo justo y de lo bello. Defender a Madrid es defender al hombre. El hombre eterno »<sup>26</sup>. Para completar el cuadro, no faltó un innegable nacionalismo. Como anunciaba Aníbal Tejada, dibujante del periódico, los madrileños emularían a los « majos » del 2 de mayo. Como antaño, la resistencia en Madrid enterraría a los aprendices de dictador. Por ello también, « defender a Madrid es defender a España toda: la sometida y la liberada »<sup>27</sup>. Ceder implicaría pues la derrota final de la República. En su afán de impedir toda desmoralización extemporánea, *ABC* llegó así a contradecir al propio Largo Caballero<sup>28</sup>. Bajo el mando de la Junta de Defensa, calificada el 11 de noviembre de « Junta de la Victoria », la esperanza se convertiría en realidad. Al producirse el inesperado parón de la ofensiva nacionalista, el diario olvidó sus propias llamadas a la mesura. Como en el verano, volvió a vaticinar en diciembre la inmediatez del triunfo final: « Madrid ha sido la clave de la guerra »<sup>29</sup>. Ese pretérito perfecto valía por todos los tratados de optimismo... Con el paso de las semanas y la evidencia de que, al contrario, la paciencia sería un arma, el diario optó por reforzar la moral de la población ensalzando su profundo cambio. En la línea de frente o, unas calles más allá, en la retaguardia, hambrientos pero determinados, « todos los madrileños, cada uno en relación de su cometido, arriesgan la vida a diario [...] con valor estoico »<sup>30</sup>. Los enfados otoñales quedaban muy lejos. Por ello, la sinrazón de algunas minorías, aparentemente insensibles ante tal espectáculo, no podía sino soliviantar al periódico.

<sup>24</sup> Madrid, heroico e invicto, *ABC*, Madrid, 05/11/36.

<sup>25</sup> *ABC* tardó tres días en dar cuenta de ello. Y, naturalmente, alabó lo prudente y sensato de la decisión.

<sup>26</sup> Defender a Madrid es defender al hombre: al hombre eterno », *ABC*, Madrid, 08/11/36.

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> Para el líder socialista, la caída de Madrid no pasaría del contratiempo grave pero no definitivo.

<sup>29</sup> Madrid, la clave, *ABC*, Madrid, 08/12/36.

<sup>30</sup> Ayuda a Madrid, *ABC*, Madrid, 11/01/37. Idéntico título tenía un folleto del Ministerio de la Propaganda.



Según Valera, de tanto asimilarla al disfrute de un poder inesperado e ilusorio, la revolución que se vivía era más bien una « zarabanda roja »<sup>31</sup>. No había temeridad en el juicio. Con comunistas y socialistas, afirmaba: primero, la guerra. Por puro pragmatismo. La revolución bien entendida, insistía, consistiría en valerse de los cambios que la sublevación había acelerado, no engendrado, para una reconstrucción plenamente nacional. Por ello, « de no ganar la guerra, desaparecerá hasta el último rastro de todos los ensayos revolucionarios »<sup>32</sup>. Dos semanas después, Málaga caía.

*ABC* recalcó entonces que la derrota se había gestado en la desunión republicana. Sólo concediendo la prioridad absoluta a la guerra podría paliarse el mal. No acatarla sería, sencillamente, una traición pues « se gana la guerra pensando en ella y en el futuro de una España democrática, es decir, de una España para todos los que hayan merecido con su lucha, con su trabajo y con su conducta al servicio del ideal común el título de españoles »<sup>33</sup>. Para *ABC*, la lucha política sólo era lógicamente lícita en retaguardia y con las draconianas restricciones que la guerra imponía. Por ello, reclamaba que partidos y sindicatos cesaran sus actividades entre los combatientes « al único logro de encuadrar sus contingentes del Ejército popular, bajo la sola disciplina y obediencia al Gobierno de la República democrática »<sup>34</sup>. Aunque sin pecar de ingenuidad, unía así *ABC* su voz al coro de los que pedían el mando único.

Según transcurrían las semanas, se iba haciendo más patente el acercamiento del diario a posiciones comunistas como único modo de construir lo que Valera llamaba, en carta del 24 de febrero a Martínez Barrio, « un ideal que fuera la revolución de todos » (F.M.B, Leg.11, Carpeta 43). Pero ello no significaba ciega subordinación sino un medio de evitar males mayores. De ahí la persistencia de una desconfianza que llevó a *ABC* a denunciar la influencia comunista en el comisariado de guerra. No reclamó la desaparición de éste. Se limitó a pedir que los partidos como UR ocuparan en él su justo lugar para impedir que otros pudieran aprovecharse de la situación<sup>35</sup>. *ABC* parecía haber comprendido que embridar las corrientes revolucionarias extremas no significaría forzosamente respetar la pluralidad democrática. Y como dicho peligro presentaba aparentemente diversas facetas, encaró por las mismas fechas el acuciante problema de la penuria de papel y el más molesto de la censura.

---

<sup>31</sup> La posición de los republicanos, *ABC*, Madrid, 24/01/37.

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> Primero, la guerra, *ABC*, Madrid, 10/02/37.

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> En la misma carta, Valera apuntillaba: « otras fuerzas políticas y sindicales [...] no tienen nuestro estoico sentido del deber » (F. M. B, Leg.11, Carpeta 43).

## V - La batalla por el papel. Sospechosa censura.

De manera recurrente, *ABC* se quejó de la traba inaceptable que para el desempeño de su función de combatiente representaba la falta de materia prima<sup>36</sup>. Sin embargo, para el diario, no fue un imponderable compartido por todos. El reparto de las existencias de papel de Prensa Española entre el conjunto de la prensa madrileña sólo suscitó en efecto críticas de la dirección por el favoritismo de « la Federación de Artes gráficas [que] era la que se había incautado de esos depósitos y dispuso de ellos repartiéndolos con otras publicaciones, en cuyo reparto no estaban ausentes las preferencias políticas y sindicales del Comité Director » (Alonso, 1987, p.121). En detrimento, claro está, de *ABC*. A dicha persistente polémica, que llegó hasta la Junta de Defensa, vinieron a añadirse los enfrentamientos con la censura.

En diferentes ocasiones, y como sus colegas, el periódico ya había manifestado respetuosamente sentirse discriminado por unos censores poco objetivos. « ¿Qué nos obliga a nosotros que nos les obligue a todos ? »<sup>37</sup>, terminó por preguntar un airado *ABC*. De no imponer idénticos criterios, amenazaba, también él se desentendería de la censura. Para *ABC*, protegiendo a los periódicos de Madrid -a todos- se ayudaría a la República. Como quiera que fuera, *ABC* no dejó de combatir con las armas de que disponía en un conflicto transformado ya, con una retórica propia del homónimo sevillano, en una « gran cruzada contra el imperialismo fascista »<sup>38</sup>. La victoria de Guadalajara reavivó entonces una inquina –de intensidad variable- hacia Gran Bretaña y Francia, acusadas de pasiva ceguera ante una responsabilidad histórica que los republicanos asumían « con gesto de iluminados »<sup>39</sup>. En consecuencia, nadie en la España leal aceptaría la mediación que, según rumores, sugerían por aquellas fechas dichas potencias. La evocación de una « confraternidad republicano-fascista »<sup>40</sup> era una injerencia inaceptable amén de un insulto a los combatientes leales<sup>41</sup>. No habría otro desenlace que el triunfo republicano gracias a una férrea unidad. Sobrevino entonces la crisis de Barcelona.

VI - A la victoria por la unidad y la resistencia. *ABC*, Negrín y el PCE.

<sup>36</sup> La tirada del periódico no excedió en efecto de los 8000 ejemplares (Iglesias, 1980, p. 321).

<sup>37</sup> La censura, *ABC*, Madrid, 27/02/37.

<sup>38</sup> Editorial, *ABC*, Madrid, 16/03/37.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> El abrazo de Vergara, *ABC*, Madrid, 26/03/37.

<sup>41</sup> La URSS sí mereció público agradecimiento con las 56 páginas del número especial del 14 de abril.

Al tenerse noticia de los enfrentamientos, el periódico -desde el 5 de mayo públicamente *Órgano de Unión Republicana* - requirió la mayor severidad contra los culpables: los fascistas infiltrados en el POUM o la CNT. Por fin, aseguraba el diario, se había dado con la causa de la desunión republicana. Hora era pues de « abrir las ventanas de la conciencia colectiva para que se ventile y sanee el pestilente ambiente creado entre los rangos antifascistas por la desidia en la revisión en el ingreso en las organizaciones »<sup>42</sup>. Evidentemente, se trataba ante todo de no hurgar más todavía en la herida. Aunque, como dejaba nuevamente ver Tejada, tampoco estaba prohibido hacer del POUM un miembro de la familia fascista, aceptando así la línea comunista. El sobresalto catalán traería en definitiva ventajas inmediatas. Según el diario, se acabaría con las incoherencias de una revolución mal enfocada y peor llevada a cabo. Además, el recién nombrado gobierno de Negrín garantizaría al fin la tan deseada estabilidad, « con un plan que no ha de ceder a influencia de ningún género »<sup>43</sup>. Los temores anteriores de una hegemonía única parecían haberse disipado. Por muy poco tiempo en realidad.

Bastaron unas semanas, en efecto, para que volviera a imponerse en filigrana la certidumbre de que la unidad aparentemente en ciernes no garantizaba la democracia. Para Valera, la supremacía de « un solo partido que aplasta a los demás, imponiendo la dictadura »<sup>44</sup> era más que una hipótesis. Como escribiera a Martínez Barrio en febrero, repetía que era vital hallar una línea política unitaria « para convocar y reunir a los diferentes partidos a quienes interesa salvar la civilización, la libertad y la Democracia »<sup>45</sup>. Unitaria pero no uniforme. Y, contrariamente a lo expuesto en la carta mencionada, preferiblemente no revolucionaria. Por sentido de la responsabilidad - apoyar al Gobierno- y para legitimar y asegurar su propia situación en el concierto nacional tras la victoria, desarrolló entonces *ABC* un discurso que definía más precisamente el verdadero alcance del conflicto.

La guerra de independencia contra el invasor y sus lacayos autóctonos se transformaba así en verdadera epopeya. En un artículo -con un título, compendio de fe en el porvenir, que transportaba al lector más allá del final de la contienda<sup>46</sup>- *ABC* afirmaba que los republicanos, pacifistas por naturaleza, se habían visto forzados a cambiar su mentalidad, a « hacer lo que no sabíamos: guerrear »<sup>47</sup>. Todos los republicanos. Y todos ellos formarían una sociedad duramente moldeada por los

<sup>42</sup> Editorial, *ABC*, Madrid, 07/05/37.

<sup>43</sup> Somos gubernamentales por ser antifascistas, *ABC*, Madrid, 24/05/37.

<sup>44</sup> Hacia la integración de las fuerzas revolucionarias, *ABC*, Madrid, 12/06/37.

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> Hacia la conmemoración de la victoria, *ABC*, Madrid, 18/07/37.

<sup>47</sup> *Ibid.*

acontecimientos, disciplinada y totalmente cohesionada. Y el mejor ejemplo de los frutos que esa sociedad así edificada podría ofrecer seguía siendo Madrid.

Para *ABC*, la capital se había ganado a pulso su título con una simplicidad y una abnegación ejemplares, « sin darle importancia a la maravillosa gesta que tejemos un día tras otro »<sup>48</sup>. De ahí la persistente incompreensión frente a un mundo egoísta, incapaz de ver que su salvación pasaba por la victoria republicana pues « así como la guerra en España mantiene latente el peligro de la guerra mundial, la paz española traerá la paz en todas partes »<sup>49</sup>. Tras un año de guerra y el reciente desastre vasco, el periódico poco esperaba ya de las potencias europeas teóricamente afines a la República. Lo cual la supeditaba aún más a la Unión Soviética. Con todo lo que ello podía significar... La vista atrás que impuso el primer aniversario de guerra fue la ocasión también de dar a los lectores un atisbo de explicación sobre la incautación del periódico.

Con Alonso llamado a más altas responsabilidades<sup>50</sup>, tomó la dirección, extraoficialmente y hasta el final de la guerra, Mariano Espinosa. Según él, *ABC* fue incautado « en nombre del pueblo, en nombre de uno de los partidos del Frente Popular »<sup>51</sup>. Inducía pues la implicación, sin especificar, de Unión Republicana en el proceso. Todo se había realizado desde las instituciones del régimen. Sin recalcarlo más de lo imprescindible, esta primera versión de los acontecimientos reducía a su mínima expresión su carácter revolucionario. Como para el resto, el periódico insistía en que se había actuado siempre para consolidar el régimen depositario de la única legitimidad. La doble evidencia de la evolución negativa en los frentes y del aislamiento de la República, desembocó entonces en un mensaje paradójico, como único medio aparentemente viable de mantener una esperanza que no pareciera utópica. Todo ello con una única obsesión: favorecer la cohesión interna de los defensores de la República.

## VII - Serenidad general y comunión nacional.

*ABC* no tuvo reparos en afirmar que reinaba entre pueblo y Gobierno una total confianza merced al culto que éste rendía a la verdad. Otro tanto había escrito el periódico de Largo Caballero y sin embargo, en el verano del 37, le acusó de desmoralizar a los españoles por haber ocultado las realidades poco halagüeñas. Como medio de comunicación responsable -es decir, no como simple órgano de propaganda-,

<sup>48</sup> Los indiferentes y los neutros, *ABC*, Madrid, 28/07/37. Las recurrentes puyas contra el « Levante feliz » eran un medio suplementario de acrecentar la capacidad de resistencia de los madrileños.

<sup>49</sup> Pequeña historia crítica de España, *ABC*, Madrid, 29/07/37.

<sup>50</sup> Pasó a ser Subsecretario de Obras Públicas, dejando la dirección a partir del 22 de junio.

<sup>51</sup> Un año en *ABC*, *ABC*, Madrid, 30/07/37.

*ABC* decía inspirarse de la virtud cotidianamente demostrada por Negrín en los partes de guerra difundidos. Por auténticos, habían conseguido que todos se alegraran « cuando nos anuncian una victoria, porque sabemos que no se acaba de inventar, [...] y que nos sintamos seguros y serenos cuando los partes son desfavorables, porque sabemos que la medida del daño o del peligro es aquella que se dice, y no estamos temiendo que detrás de las victorias de papel esté el suelo hundiéndose bajo nosotros »<sup>52</sup>. En consecuencia, *ABC* recriminaba a algunos colegas lo absurdo de la frívola euforia de unas victorias imaginadas. Una actitud digna de alabanza por parte de *ABC* de no ser porque tampoco él estaba libre de toda culpa: « ... cuando los rebeldes atacan muy fuertemente y avanzan algo – que a veces ocurre... »<sup>53</sup>, se podía leer unas líneas después. Poco importaba sin embargo. Según el diario, la ética nacida con la guerra imponía una total sinceridad. No podía ser de otro modo para quienes encarnaban, como en Madrid, « la expresión de la única verdad positiva que hoy tiene significación universal »<sup>54</sup>. Valiéndose de tal razonamiento y en una curiosa concepción de la democracia, *ABC* llegó entonces incluso a denegar el derecho de crítica contra el Gobierno. Abundando en la misma línea, afirmó que, en las circunstancias del momento, el apoyo masivo del pueblo a un partido no le daba a éste el derecho a considerarse « como eje o parte mayoritaria de la vida nacional española »<sup>55</sup>. Al empezar el que sería último año de guerra con la decepción de Teruel, *ABC* seguía expresando sus dudas ante el porvenir político. No ya pensando en una hipotética revolución sino imaginando los contornos de una España cuyo advenimiento nada garantizaba. En cualquier caso, el apoyo de *ABC* a Juan Negrín -próximo a veces al culto a la personalidad- denotaba que, para el diario, las sospechas de mediatización comunista eran un infundio. De hecho, en ningún momento relacionó el creciente peso del PCE y el ejercicio del poder de Negrín. Al contrario. Para el periódico, éste consolidaba el Estado, con un Gobierno activo y plenamente responsable ante un Parlamento redivivo. Dicho Estado republicano -« fuerte, obedecido, acatado y estable en su legitimidad »<sup>56</sup>- había dejado de ser una entelequia para volverse, a no dudar, el arma definitiva para el triunfo. Con la formación, en abril de 1938, del gobierno de Unión Nacional, *ABC* dijo ver concretizados sus esperanzas e ideales pues a su conjuro se cimentaba una comunión inquebrantable entre españoles que presagiaba -ahora, de

---

<sup>52</sup> La verdad militar, *ABC*, Madrid, 16/08/37.

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> Sentido y enseñanza del 7 de Noviembre, *ABC*, Madrid, 07/11/37.

<sup>55</sup> La única política digna de ser cultivada, *ABC*, Madrid, 24/02/38.

<sup>56</sup> La fuerza del Estado, clave de la victoria, *ABC*, Madrid, 26/02/38.

verdad- días mejores. Esa evolución se plasmó en el periódico con unos planteamientos que hubieran sido tildados de reaccionarios en julio o agosto del 36.

#### VIII - Una sociedad en gestación. Oponerse a la mediación.

Dejó entonces de ser tabú hablar de la Patria. Asimismo, el diario erigió tanto más fácilmente al Ejército en modelo social cuanto que el concepto de pueblo en armas había sido definitivamente suplantado, distinción significativa, por el de Ejército popular, luego nacional. Así, *ABC* elevó al soldado de la República a la categoría de arquetipo del Hombre nuevo -y ya no necesariamente eterno-, que habría de heredar la España en paz. Valeroso y tenaz, ante todo rendía culto a la eficacia: « Sabe de la guerra lo que le dicen aquellos episodios que en torno suyo se desarrollan. Y no los examina para discriminar su carácter de favorables o adversos. Se enfrenta con ellos como sean y pone todas sus potencias físicas y morales en la tarea de combatir allí donde para hacerlo fue situado »<sup>57</sup>. En consecuencia, esa misma guerra -« la guerra es el vínculo »<sup>58</sup>- se tornaba el crisol de una nueva sociedad. Impermeable a la sinrazón, serena por fuerte y fuerte por disciplinada. Y para los todavía obtusos, *ABC* insistía: « no hacemos una guerra de partido; hacemos una guerra de España »<sup>59</sup>. Como un eco de dicha fe, se anunció la separación de Unión Republicana.

A primeros de agosto, *ABC* apareció como *Diario al servicio de la democracia*. El cambio era demasiado notorio como para excusar una explicación. Volvió pues el periódico sobre la incautación, transformada ahora en decisión puramente interna de los obreros de Prensa Española que libremente eligieron a los felices beneficiarios de tan extraordinaria ofrenda. Se habría tratado, en realidad, de preservar un medio de combate suplementario para la causa republicana asegurando paralelamente la pluralidad democrática de la información. Pero sin que, en momento alguno, el Poder o las instituciones intervinieran: « Al incautarse los trabajadores de PRENSA ESPAÑOLA en los primeros días de esta Empresa gráfica [...] tuvieron la gentileza y desinterés ejemplares de ofrecer las columnas de *ABC* al partido de Unión Republicana, único del Frente Popular que carecía de un órgano adecuado en la Prensa de Madrid »<sup>60</sup>. Alonso (1987) afirmó por su parte que « nunca ha llegado a mi conocimiento esa orden o

<sup>57</sup> Todos somos soldados, *ABC*, Madrid, 15/03/38.

<sup>58</sup> La esclavitud de mañana se impide con el sacrificio de hoy, *ABC*, Madrid, 29/03/38.

<sup>59</sup> Entre la solidaridad y el suicidio político, *ABC*, Madrid, 15/06/38.

<sup>60</sup> *ABC*, Diario al servicio de la democracia, *ABC*, Madrid,, 09/08/38.

decreto de incautación y creo poder decir que el gobierno de la República no dictó reglas para ninguna de las publicaciones de la zona » (p.116)<sup>61</sup>.

Tras afirmar haber mostrado « la atención y acatamiento más estrictos a las notas, artículos y trabajos; a la orientación política, en suma »<sup>62</sup> de UR, *ABC* desvelaba su más que preocupante situación económica. Ante ello, y apoyándose en la, según él, indiscutible orientación estrictamente nacional de la política gubernamental, justificó el divorcio. Era la expresión de una voluntad de coherencia entre compromiso político y práctica cotidiana de su misión. Por sentido del deber, Prensa Española había pues decidido « libre y democráticamente, buscar mayor horizonte en la política española, y ser portavoz, no de una ideología de determinado partido, sino ampliar dicho horizonte a la política del Frente Popular, de la que es legítimo exponente el actual Gobierno de Unión Nacional »<sup>63</sup>. Aunque no se aireara públicamente, en el diario resultó evidente que « Unión Republicana ya nada podía hacer por ellos » (Alonso, 1987, p.112). En los frentes, y con la batalla del Ebro ya iniciada, se estaba entretanto fraguando la agonía definitiva de la República.

En los meses finales de 1938, el periódico pasó del optimismo del verano a la sobriedad del comentario en noviembre ante la forzada retirada. Pese a todo, *ABC* encontró un nuevo aliciente para proseguir el combate. Ante los nuevos rumores de mediación internacional, *ABC* reaccionó como herido en su amor propio : « nuestra paz -cuando la haya- nacerá entre nosotros, en España. Nadie tiene autoridad -ni confianza que nosotros le concedamos- para traérnosla, ni mucho menos para imponérsela. La guerra la hacemos nosotros. Y haremos la paz »<sup>64</sup>. Para justificar su posición, y evitar toda acusación de irresponsable intransigencia, el periódico se remitía al juicio de la Historia y a la seguridad de interpretar el sentir de la población. Resistir para vencer. Quedaba claro que *ABC* aceptaba entonces la línea definida por el gobierno y seguía cumpliendo con su papel de unificador de energías. Al iniciarse 1939, ante la negativa evolución de la situación, el diario mantuvo su razonamiento pero sin ofrecer a sus lectores -¿acaso podía hacerlo?- un argumento mínimamente objetivo de conservar la esperanza. Llamaba en realidad a una defensa numantina, asegurando que « nuestro

---

<sup>61</sup> El 8 de junio de 1937, en carta a Antonio Hermosilla, Martínez Barrio había negado toda implicación en la incautación « a beneficio de Unión Republicana, [...] Cuitado de mí que no me he enterado de nada y vivo en la luna, fría y lejana » (F. M. B, Leg. 26, Carpeta 112).

<sup>62</sup> *ABC*, Diario al servicio de la democracia, *ABC*, Madrid, 09/08/38. Una afirmación que Martínez Barrio no compartía. Tras la guerra afirmó que « salvo periodos muy cortos, el diario madrileño, enmascarado bajo el título de « Órgano de Unión Republicana », defendía una política sindical, ajena en absoluto a los principios de mi partido » (F. M. B, leg. 26, Carpeta 112). Un juicio, sin embargo, algo severo.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> Los pacificadores y la paz de España, *ABC*, Madrid, 13/11/38.

pueblo, fiel a su patria y a su historia, no desfallece en las horas adversas »<sup>65</sup>. La globalización implícita en el posesivo buscaba obviamente erradicar toda tentación de discrepancia. Todo riesgo de desánimo. Con todo, la obstinación del periódico era de circunstancias. En efecto, cuando el 5 de marzo estalló en Madrid la última crisis republicana, *ABC* –mudo testigo del oficialmente definitivo abandono en que Francia y Gran Bretaña dejaban a la República- había dado ya un giro total a su línea. Tras la dimisión de Manuel Azaña y su sustitución, el día 4, por Diego Martínez Barrio, *ABC* pidió públicamente al líder de UR que acabara con la guerra. En otras palabras, el diario aceptó la derrota. Sin embargo, todavía le quedaba un último combate por librar.

#### IX *ABC* y Casado. La paz.

Al apoyar al coronel Casado, *ABC* se transformó automáticamente en testigo de cargo contra Negrín, con la misma constancia con que le había ensalzado antes. Para el diario, sus llamadas a la resistencia denotaban ahora su criminal obstinación. En consecuencia, el Consejo Nacional de Defensa fue considerado por *ABC* como único representante legítimo del poder republicano. Patriotas ante todo, los Miaja, Casado y Besteiro podían representar al pueblo en las inminentes conversaciones de paz. Pero antes, asumía *ABC*, habría que normalizar la zona republicana. Reducido a unas esqueléticas 2 páginas, tomó parte en dicha obra con su tesón acostumbrado.

Paradójicamente pues, para *ABC*, la nueva legalidad se hallaba entre los sublevados contra el gobierno considerado hasta entonces legítimo. Sevilla no hubiera renegado de tal razonamiento. Sin embargo, *ABC*, ignorando similitudes eventuales, prefirió afirmar que los comunistas, en su afán hegemónico, se habían sencillamente equiparado a los rebeldes franquistas, excluyéndose de la comunidad nacional: « no es España tierra abonada para los caudillismos ni para los sectarios de grupo o partido, por muy bien organizada que tengan su conveniencia. Precisamente por librarnos de todos ellos los españoles se alzaron unánimes y decididos el 18 de julio de 1936 »<sup>66</sup>. El verdadero « alzamiento nacional » se había dado en la zona leal. De ahí que en el bando enemigo no hubiera españoles. En cualquier caso, se comprometía *ABC* -junto a *El Socialista*, subrayaba- a llevar la verdad tan lejos como le fuera posible. Venía a ser su

<sup>65</sup> La fecha del 16 de Febrero 1936-1939, *ABC*, Madrid, 16/02/39.

<sup>66</sup> Editorial, *ABC*, Madrid, 09/03/39.



manera de consagrarse, «mientras sus medios materiales se lo permitan»<sup>67</sup>, al restablecimiento del orden.

En la campaña de diabolización emprendida, los comunistas fueron acusados incluso de atacar camiones con leche para los niños madrileños. La ruptura con el PCE -tan a menudo en trasfondo, tan a menudo temida- estallaba a la luz del día. *ABC* era sin duda sincero en su afán de paz. Sin embargo, tampoco cabe duda de que buscaba igualmente ofrecer garantías a los vencedores a punto de entrar en la capital. El acercamiento a Burgos era ya un imperativo que, según *ABC*, no había que asimilar a una rendición sin condiciones... Una manera en suma de intentar evitar resistencias suicidarias. El periódico se dedicó entonces a preparar a sus lectores ante lo inevitable. Sin olvidar cierta habilidad dialéctica: había que seguir llamándose republicano y dejar de reivindicar la defensa del Frente Popular. Julián Marías se encargó de ello.

La guerra volvió a ser, como en los primeros meses, estrictamente civil. Ya no se habló más de invasión del Eje ni de la «horda fascista». Con la paz -*ABC* se resistía aún a hablar de derrota-, habría que reconstruir juntos el país porque juntos se le había martirizado. La única verdadera victoria residiría en esa reconstrucción nacional. En consecuencia, la guerra no podría terminarse con el aplastamiento de uno de los dos bandos ya que a nadie pertenecía España. De ahí el inmenso mérito, en aras de una coexistencia pacífica, del sistema electoral -«sencillo y democrático y civilizado»<sup>68</sup>- todavía alabado diez días antes de la entrada de las tropas franquistas en Madrid. *ABC* aparentaba creer ahora que la guerra nunca había perseguido suprimir un régimen y sus instituciones. Se decía incluso convencido de que no existía razón alguna, objetiva luego nacionalmente hablando, para enterrar la República. Los reproches nacionalistas no tenían ya validez al haber eliminado, como evidencia de un verdadero patriotismo, la amenaza extranjera que encarnaban los comunistas. De hecho, curiosa paradoja, *ABC* aconsejaba a sus «adversarios» -y ya no enemigos- inspirarse de lo ocurrido en Madrid en los últimos días para expulsar a los alemanes e italianos que todavía se encontraran en su zona con el fin de evitar «análogos estallidos de insobornable espíritu de independencia que late en todo corazón español»<sup>69</sup>. En la otra zona, aunque seguramente amordazados, también había por lo tanto patriotas.

Esta actitud, entre realista e insensata, era significativa de la voluntad general de terminar cuanto antes. En su extraño optimismo, *ABC* garantizaba una armonía posible aunque sabía que las purgas eran inminentes. Sin embargo, en nombre de la

---

<sup>67</sup> *ABC* y *El Socialista* son repartidos en los frentes, *ABC*, Madrid, 12/03/39.

<sup>68</sup> La ocasión de la paz, *ABC*, Madrid, 18/03/39.

<sup>69</sup> *Ibid.*

reconciliación nacional, exhortaba a los vencedores a no confundir justicia y venganza. Los republicanos podrían así estar seguros de ocupar su lugar en la España futura ya que serían declarados inocentes de los errores e incoherencias del pasado. Empezando, una vez más, por la voluntaria sumisión a Moscú llevada a cabo por Negrín y Álvarez del Vayo. Gracias a ellos, el PCE había dirigido la política exterior de la República en función de los intereses soviéticos. *ABC* confesaba haber sido engañado por « esta política, que [...] nos descubre tardíamente sus hilos de conexión directa con los fines particulares de la política staliniana »<sup>70</sup>. Una excusa destinada a convencer al « gobierno nacionalista », según rezaba el mismo día el anuncio del diario sobre la disposición del Consejo Nacional a entablar negociaciones. La imperiosa necesidad de reescribir la historia reciente, motivada por el aturdimiento y la congoja del momento, quedó de manifiesto al no temer *ABC* contradecirse tres días después cuando afirmó que « hace muchos meses que oímos de labios comunistas la opinión de que, aun sabiendo que la guerra estuviera perdida, era menester seguir un año más, para hacer que, a costa de este sacrificio de España, consiguiera ventajas la III Internacional para la causa de la revolución proletaria en toda Europa. Y este criterio es el que ha imperado hasta hace pocos días »<sup>71</sup>. Quedaban así claros dos aspectos. Por una parte, la condena de la revolución como causa del enquistamiento del conflicto se transformaba en seña de identidad del diario. Por otra, su supuesta ingenuidad nunca pudo ser tal. En cualquier caso, la oposición a los comunistas seguía siendo, aunque por razones diametralmente opuestas, un elemento clave del discurso del diario. En realidad, y como un último servicio a España, los artículos del agónico *ABC* tenían por finalidad evitar nuevos e inútiles dramas. Sin negar ya la evidencia de la derrota -« sería ingenuo y falso, y por tanto, ineficaz »<sup>72</sup>-, buscó una línea general que asegurara un cierto sosiego en su Madrid: la concordia sería posible porque, apuntillaba, en la otra zona, también había españoles. Libres, aparentemente. Si se había olvidado, se debía a una « propaganda [que] ha sido hasta tal punto irreal, que nos ha pretendido convencer de que no había más que nosotros en España »<sup>73</sup>. Gran lucidez, pues, del periódico... que sin embargo, y por razones obvias, evitaba nuevamente entonar su *mea culpa* particular. En ese marco idílico del paso sin transición de un enfrentamiento a muerte a un fructífero entendimiento, los republicanos -los moderados de la zona leal y ya no todos los combatientes de la República- darían ejemplo de patriotismo constituyendo « si saben y

<sup>70</sup> La República ante Europa, ante el Mundo y ante los españoles, *ABC*, Madrid, 19/03/39.

<sup>71</sup> Las condiciones de la paz, *ABC*, Madrid, 22/03/39.

<sup>72</sup> *Ibid.*

<sup>73</sup> El papel de los republicanos en la paz, *ABC*, Madrid, 25/03/39.

tienen valor y generosidad para hacerlo, el órgano de opinión más importante »<sup>74</sup>. Como si el periódico creyese sinceramente que los partidos republicanos obtendrían con la derrota lo que en guerra les fue imposible. Esa retahíla de optimistas afirmaciones, mentiras piadosas, buscaba apaciguar en lo posible el miedo de los madrileños. *ABC* republicano salió a la calle por última vez el 28 de marzo llamando a la digna serenidad, con las tropas franquistas ya en Madrid. Había cumplido hasta el final con su misión: orientar a sus lectores.

### X El final de una época. ¡Franco ! ¡Franco ! ¡Franco !

El 29 de marzo, con el retrato en primera página de Franco, se volvió al número 10345, consecutivo al del 19 de julio de 1936, indicando así que lo ocurrido « entre esas dos fechas no cuenta en nuestra colección »<sup>75</sup>. Al día siguiente, como una respuesta al « ¡Viva la República ! » inicial, se publicaba una primera página con los gritos ya rituales de la España franquista y la firma del marqués de Luca de Tena. De los periodistas del *ABC* republicano, algunos -Alonso, Valera- consiguieron exiliarse<sup>76</sup>. Otros -Vivero, Agraz- fueron ejecutados. Raros fueron los que evitaron la cárcel.

La historia del *ABC* republicano no estuvo exenta de sombras - ¿qué fue realmente su relación con Unión Republicana ?<sup>77</sup>- ni de ambigüedad con respecto al Poder. Fiel por definición al gobierno, sin distinción de composición, presintió sin embargo que tal fidelidad podría finalmente volverse en su contra. Tras un rápido cambio de línea, guardó sus distancias con respecto a la Revolución y se alineó, aunque con reticencias, tras el PCE. De ahí que denunciara, con la prudencia de rigor, la política hegemónica del partido. Republicano y madrileño, *ABC* encontró en la defensa de la capital su principal razón de ser en una guerra que, por convicción, decía querer ganar sólo para España. Aunque también sabía que, de no ser así, sus días estarían fatalmente contados, cualquiera que fuera el desenlace. Moderado, tuvo siempre una clara conciencia de la debilidad de la corriente republicana que servía. Con todo, consiguió por regla general

---

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> Editorial, *ABC*, Madrid, 29/03/39.

<sup>76</sup> Alonso fue condenado el 4 de febrero de 1942 a cinco años de extrañamiento y a una multa de 25000 pesetas (T.R.P, caja 1218). Un fallo muy benévolo en comparación con la pena de muerte dictada en primera instancia contra Mariano Espinosa, el 19 de septiembre de 1940 (T.R.P, caja 632).

<sup>77</sup> Tras la guerra, Prensa Española remitió a la Causa General una lista de miembros del *ABC* republicano. Avisaba de que no era exhaustiva ya que se fundó en « las actas y documentos – unas y otros incompletos » reunidos (C.G, Fondos Contemporáneos, folio 131). Ahí se refería a un acta de incautación con fecha de 19 de julio de 1936 y en la cual figurarían, entre otros, « José Sánchez Quintana, Elfidio Alonso Rodríguez, los dos últimos representantes de Unión Republicana » (*Ibid.*). Anterior, por lo tanto, a la incautación formal y que probaría la implicación directa de Martínez Barrio.

conjugar una obligación deontológica de honestidad con un innegable pragmatismo. *ABC* republicano puede sin duda ser considerado -como su homónimo sevillano, fuente episódica de burlas- como un símbolo de la tragedia de la época, vivida día tras día. En suma, como un fenómeno periodístico excepcional en un periodo crucial para España.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Abella, R. (1975). *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España republicana*. Barcelona: Planeta.
- Alonso, E. (1987). Mi testimonio como director de « ABC » en Madrid (1936-1938). En J.M. Martínez (Ed.), *Periodismo y periodistas en la guerra civil* (pp.113-123), Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Altabella, José, Entrevista con el autor, grabada en Madrid el 30 de agosto de 1993.
- Aróstegui, J., Martínez, J. (1984). *La Junta de defensa de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Aróstegui, J. (1986). Los componentes sociales y políticos. En M. Tuñón de Lara, J. Aróstegui, A. Viñas, G. Cardona, J.M. Bricall (Eds.), *La Guerra civil española 50 años después* (pp. 45-122). Barcelona: Labor.
- Causa General (C.G), Archivo Histórico Nacional, Madrid.
- Fondos Martínez Barrio (F.M.B), Archivo Histórico Nacional, Madrid.
- González, P. (1976, 3 de octubre). « España, hoy, carece de políticos ». *Gaceta ilustrada*, pp.44-47.
- Iglesias, F. (1980). *Historia de una empresa periodística*. Madrid: Prensa Española.
- Olmo, V. (2002), *Historia del ABC*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Saiz, M. (1987). Los dos « ABC » -de Madrid y Sevilla- en la primera fase de la guerra civil. En J.M. Martínez (Ed.), *Periodismo y periodistas en la guerra civil* (pp.91-112), Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Tribunales de Responsabilidades Políticas (T.R.P), Archivo Histórico Nacional, Madrid.